

MARIANO ZAMORANO*

QUITO: TRADICION HISPANICA EN LA GEOGRAFIA DE UNA CIUDAD ANDINA

RESUMEN - RÉSUMÉ - ABSTRACT

Fundada en 1534, la capital de Ecuador constituyó, como otras muchas en el continente americano, el punto de partida para las posteriores fundaciones, con el fin de organizar coherentemente su espacio circundante. En la actualidad, su apreciado casco histórico manifiesta en su pervivencia morfológica y en su función representativa el peso del pasado hispánico, aunque sufra un cierto deterioro y algunas de sus funciones terciarias se hayan desplazado a sectores urbanos más recientes.

* * *

Quito: tradition hispanique dans la géographie d'une ville andine.- Fondée en 1534, la capitale de l'Equateur fût, comme beaucoup d'autres dans le continent américain, le premier pas pour les fondations postérieures qui devraient organiser d'une façon cohérente leur espace circonant. Aujourd'hui son apprécié centre historique manifeste le poids du passé hispanique dans sa pervivence morphologique et sa fonction représentative, quoiqu'il soit un peu détérioré et certaines de ses activités tertiaires aient été déplacées vers d'autres secteurs urbains plus récents.

* * *

Quito: hispanic tradition in the geography of an andeantown.- Founded in 1534, Quito has been, as many other towns all over the american continent, the first step for the further foundations which should organize the surrounding territory. At the present time its estimable historical city center shows the weight of hispanic tradition through the morphological survival and the representative function, in spite of its slight deterioration and the migration of some of its tertiary functions to newer urban sectors.

PALABRAS CLAVE: Geografía urbana, centro histórico, Quito.

MOTS CLÉ: Géographie urbaine, centre historique, Quito.

KEY WORDS: Urban Geography, historical city center, Quito.

I. LA HERENCIA URBANA ESPAÑOLA Y SUS DOS PERSPECTIVAS

La ciudad de Quito, capital del Ecuador, es claramente representativa de la estirpe hispanoamericana. Sobre fondo indígena, el sello de la presencia de España se inscribe indeleblemente en su paisaje urbano y en las modalidades de la organización del espacio que le atañe en escala regional. Ejemplo ilustrativo de un legado que forma parte de la extraordinaria tarea de difusión de asentamientos que constituyeron el punto de partida ineludible para el apoderamiento de territorios prácticamente sin domeñar, que sólo ofrecían muestras

puntuales de ordenamiento en el caso de los incas, mayas y aztecas.

Para comprender esta acción, que se inicia en el siglo XVI, conviene establecer la distinción entre los conceptos de urbanización y urbanismo. Del primero, para nuestro propósito, nos interesa señalar que tiene en cuenta el proceso de desarrollo de las ciudades en un espacio y de concentración de la población en ellas, mientras que el urbanismo se refiere al estudio de la estructura, de la coordinación y del control del uso del suelo en el interior de los centros poblados. Ambos conceptos —urbanización y urbanismo— guardan una íntima y dialéctica relación con dos perspectivas factibles para va-

* Profesor Emérito de la Universidad Nacional de Cuyo, titular de la cátedra de Geografía Urbana de la Facultad de Filosofía y Letras, Mendoza, República Argentina.

lorar la labor de España en el poblamiento de América, desde un ángulo geográfico.

Hay que reconocer, antes que nada, la magnitud de este hecho, que abarca una extensión de 12.000.000 de kilómetros cuadrados, desde el sur de los Estados Unidos hasta las tierras meridionales de la Argentina y de Chile. Nuestra primera reacción de asombro surge, pues, de las dimensiones apabullantes de este proceso de urbanización, cuyas líneas fundamentales fueron afirmadas ya en el siglo XVI. Hay que relacionar esos focos con las distancias inconmensurables para la época, un escenario inmenso en el cual las ciudades actuaban como refugios de paz y de garantías. En Hispanoamérica los centros urbanos no pudieron constituir la instancia final de una conjunción de fuerzas rurales, una eclosión concreta de las fases previas provistas por aldeas y pueblos, como ocurrió sistemáticamente, por ejemplo, en el sinecismo griego. Por el contrario, aquellos menguados grupos de españoles, frente al vacío poblacional, partían de las urbes como de reductos protectores, en un movimiento centrifugo, procurando la satisfacción de necesidades y aspiraciones que aguardaban más allá... Por eso las ciudades funcionaron como fortines frente al peligro, como avanzadas de evangelización, como polos de explotación minera o como sedes comerciales tendidas, desde las franjas marítimas, hacia el vínculo más abierto: el del océano. Pero fueron, sobre todo, bases de colonización de amplios espacios, del mismo modo que, internamente, plasmaron un estilo que les otorga, para siempre, una personalidad inconfundible.

En escala interurbana, es decir, teniendo en cuenta la jerarquía y la complementación de los asentamientos en el nivel regional y nacional, hay que destacar el acierto con que fueron encaradas las creaciones de ciudades, en vista de su apoyo mutuo y de su coordinación. Alguien ha dicho que los conquistadores españoles «sembraron ciudades y pueblos como quien arroja granos de trigo, en un gesto enorme, a los cuatro puntos cardinales». Nada más inexacto. Si tomamos como ejemplo a la Argentina encontramos claras demostraciones del buen criterio en su localización, lo cual explica la perpetuación de tantas urbes que hoy son cabeceras provinciales. No hay improvisación sino iniciativas conscientes y meditadas. Piénsese —para citar sólo un caso— en lo que representaron las tres fundaciones de Londres, Córdoba de Calchaquí y Cañete; llevadas a cabo por Pérez de Zorita en Catamarca, las cuales facilitaban una protección recíproca, habilitaban el paso a Chile y apoyaban a la ya fundada Santiago del Estero. Lo mismo podríamos expresar de las ciudades de Mendoza, San Juan y San Luis, o de Salta y Jujuy. No se trata, pues, únicamente de disposiciones para la elección de los emplazamientos, explicitadas por las Leyes de Indias, sino también de medidas para poblar con eficacia dilatadas

extensiones, a fin de incorporarlas coherentemente. Por eso ha podido decirse con fundamento que Buenos Aires —la de 1580— nació como culminación del pensamiento ligado a la corriente colonizadora del norte, para «abrir puertas a la tierra», hacia el Atlántico.

En escala intraurbana, mucho cabría comentar de la vigencia actual del marco forjado en el período hispánico. Vigencia doblemente destacable porque, aparte de sus valores intrínsecos, sirve para rescatar de modo permanente la identidad de ciudades que hoy se desdibujan por sus márgenes. Es sabido que el incontenible crecimiento de las aglomeraciones, especialmente en esta segunda mitad del siglo XX, se patentiza, en las zonas periféricas, en un suburbio que incorpora fórmulas estereotipadas, adocenadas: monobloques y barrios de una homogeneidad traumatizante, galpones industriales, supermercados y centros comerciales... En tales condiciones, la personalidad de muchas ciudades se refugia en su centro, en el que la herencia del pasado se expresa en formas urbanísticas que confieren tipicidad. Es una consecuencia, a veces, de la simple estimación de la huella de lo histórico; en otras, del testimonio magnífico de presencias majestuosas correspondientes a la época de mayor esplendor de España, como podemos encontrarlo en la plaza de Armas de Lima o en el Zócalo mexicano. Las construcciones pueden haber desaparecido en gran parte, pero no falta nunca ese trazado cuidadoso, de tipo ortogonal, a partir de la plaza mayor, rodeada de edificios representativos, que sintetiza el espíritu gregario y generoso de lo hispánico. Agora y foro, ese cuadro aglutinante engarzado en la plaza central se abre en un diseño que ostenta méritos perennes que hoy —de vuelta ya de ciertas experiencias frustrantes— son nuevamente estimados. Lo ejemplifica, entre otras cosas, la calle como lugar de encuentro, de unión, de vida, de seguridad, que vale más que una funcionalización aberrante.

II. PROYECCION QUITEÑA EN LA REGION SERRANA

Quito es el punto de partida evidente en la consolidación de la red de ciudades del Ecuador, particularmente de la región serrana. Fue el principal foco urbano hispánico en Ecuador y desde allí se tendieron las líneas para el avance hacia el centro y el oeste del territorio. Nació con su sello capitalino y orientó el haz de fundaciones posteriores, de acuerdo con una destacable visión integral de la realidad geográfica y del juego de los factores de posición.

En efecto, ya en el siglo XVI se plasmaron las creaciones que han encarnado luego, hasta nuestros días, las jerarquías mayores de la armazón urbana nacional: Quito, Cuenca, Ambato, Riobamba y Loja, en la Sierra; Guayaquil, Portoviejo y Manta, en

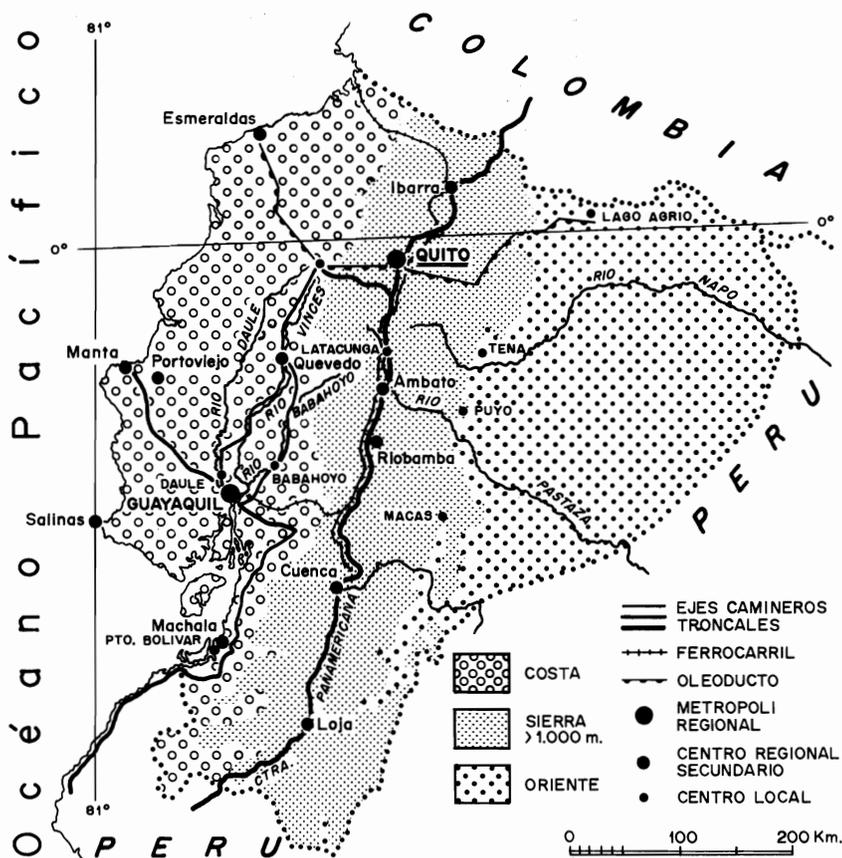


Fig. 1. El sistema urbano de Ecuador.

la Costa. Más aun, como una premonición de la tan comentada bipolaridad de Ecuador en cuanto a metrópolis, casi con simultaneidad se fundaron las dos ciudades máximas de la actualidad: Quito en 1534; Guayaquil en 1538. La búsqueda de una salida hacia el océano Pacífico se concreta también con las dos ciudades alineadas con ese propósito: Portoviejo en 1535, Manta en 1565.

La persistencia de los viejos asentamientos de la Sierra obedece, ciertamente, al peso de las particularidades geomorfológicas. La estructura compartimentada en hoyas o cuencas de complicada comunicación entre sí, obligaba casi a un repliegue de los centros poblados, a una vida autónoma y a una economía de subsistencia. Esa influencia no puede desconocerse, pero no impidió actuar con el criterio correcto de enhebrar las fundaciones para una mejor posesión de las tierras por ocupar. Varias connotaciones lo demuestran.

La ciudad de Cuenca, erigida sobre la Tomebamba incaica, que acababa de ser destruida por Atahualpa en 1530, nació oficialmente el 12 de abril de 1557 con el nombre de Santa Ana de los Ríos de Cuenca —clara alusión a su emplazamiento— pero respondió a una ocupación previa, ya desde 1535, por un lapso en el que actuó como asiento agrícola. Lo destacable aquí es que las instrucciones para la fundación especifican que debía

estar lo más cerca posible del puerto de Tumbes, en el norte del Perú actual. Exacta apreciación, en consecuencia, de las ventajas geográficas de una instalación, en la que se enlazan el aprovechamiento de un sitio preexistente (Tomebamba), de una explotación minera prometedora (oro del cercano Gualaico), del recurso a la agricultura como exigencia permanente, y de la apertura posicional de cara al Pacífico.

Desde Quito partió, en 1535, el pequeño contingente de españoles que impulsó, primero como villa y corregimiento, el poblamiento de la comarca por medio de la implantación del núcleo de Ambato, convertida hoy en la tercera ciudad serrana en cuanto a importancia numérica, con 114.493 habitantes según estimaciones de las Naciones Unidas a partir del censo ecuatoriano de 1982¹. En la misma dirección, más al sur, cincuenta años más tarde, se reforzó el apoyo de la penetración colonizadora con la creación, sobre las ruinas de la Limibamba indígena, en 1589, de Villa del Villar Don Pardo de Riobamba. Su ubicación estratégica representaba un enlace vial, bien concebido, entre el norte y el sur de la Sierra, como también un contacto potencial —aunque la época no lo permitiera con fluidez— entre la Sierra y la Costa.

Para completar el cuadro del impulso urbano en las etapas iniciales de la ocupación del suelo por

¹ NATIONS UNIES: *Annuaire démographique*, 38e édition, New York, 1988, p. 283.

España, faltan dos menciones significativas, en el extremo meridional y en el septentrional de la franja andina. Muy pronto se fortificó la marcha hacia el sur, aprovechando un pequeño valle de intenso verdor, dentro de la complicada topografía que caracteriza a la hoya de Zamora, para asentar, en 1546, la ciudad de Loja, cuyo fundador fue Alonso de Mercadillo. En el norte, atentos entonces a los enlaces camineros que llevaban en última instancia al mar, explicitados con nitidez por el presidente de la Real Audiencia de Quito, Don Miguel de Ibarra, se fundó en 1606, por Cristóbal de Troya, la ciudad que responde al nombre del funcionario propulsor.

Un análisis pormenorizado —que escapa al objetivo de este escrito— nos conduciría a detallar la implantación de otros asentamientos menores, que completan la trama urbana regional. De todos modos, este rápido balance pone de manifiesto que en el siglo XVI —salvo Ibarra— los españoles habían concretado las fundaciones sustanciales para un manejo adecuado de la Sierra, con proyecciones hacia el resto del territorio. Jerarquías mantenidas con muy leves variantes². Tomando en consideración la cantidad de habitantes, el nivel de su equipamiento y la intensidad de su irradiación, Quito (1.003.875 habitantes), Cuenca (176.865), Ambato (114.493), Riobamba (73.000), Loja (71.652) e Ibarra (67.000) están en la cúspide del sistema. La metrópoli nacional, Quito, rige incuestionablemente la vida de la Sierra, con los servicios más relevantes que requieren los pobladores. Las otras cinco aglomeraciones, pese a sus diferencias en cifras de población, asumen funcionalmente el papel de centros regionales secundarios. Lo más empujado del sistema urbano de la sierra ecuatoriana, en consecuencia, fue forjado a partir de la visión de quienes lo estructuraron en los comienzos del período hispánico. Tradición, sin dudas, acrecentada por una geomorfología peculiar que acentuó y mantuvo hasta el siglo XX una influencia ceñida a dificultades de comunicación interregional.

III. LA CIUDAD DE QUITO A FINES DEL SIGLO XX, ENCARNACION VÍVIDA DE LO HISPANOAMERICANO

Los antropólogos y los sociólogos analizan la conjunción, tan llena de matices, creada por la imbricación de lo indígena y lo hispano a lo largo de cuatro siglos y medio. El resultado es, en toda América andina, una amalgama —de ingredientes a veces indiscernibles— que se traduce en la composición étnica, en la economía, en las costumbres, en el arte... No nos corresponde incursionar en esos

contextos que denotan la mezcla racial o las variadas manifestaciones del actuar de las sociedades. Pero una consideración liminar de esos puntos de vista ya nos advierte acerca de la fuerza de ese proceso multiseccular, que ha mantenido una identidad por medio de su filiación, hecho diluido en otros países más sometidos a influencias de otras culturas y circunstancias.

Como geógrafos, nos detenemos en las marcas espaciales de un sistema urbano complejo, las cuales se avizoran tanto en lo formal como en lo funcional. Lo relevante de Quito es que su proceso devuelve cada vez más el escenario hispano a sus características primigenias y lo convierte en un arquetipo, poco transformado, de su fisonomía de hace dos o tres siglos. Una reafirmación de esa trayectoria la demuestra el hecho de que su casco céntrico haya sido consagrado monumento cultural de la humanidad por la Unesco en 1978, digno de ser preservado como testimonio de un valor inapreciable. Forma, función y proceso nos retrotraen a ese pasado. Veámoslo en ese orden.

En cuanto al paisaje urbano, el plano y la arquitectura atestiguan el legado de España. Pese a su topografía accidentada en varios sectores (Pichincha, Panecillo, Itchimbia, Guápulo, etc.), la tendencia a respetar su clásico damero es evidente por doquiera. Por cierto, el trazado vial denota en muchas partes la necesidad ineludible de adaptarse a las pendientes, muy pronunciadas en ocasiones; pero el sitio elegido en 1534, al norte del Panecillo, estira sus calles con su reticulado de cortes en ángulo recto, aún cuando incursione en espacios de diferente nivel. Las ampliaciones posteriores del plano, al sur y al norte, ofrecen otros diseños —sobre todo las realizadas después de 1960— aunque frecuentemente retornan al esquema mental que inspiró a los fundadores.

Dentro de los lineamientos fijados por las Leyes de Indias se destaca en el tejido urbano la Plaza Mayor o Plaza de Armas —hoy plaza Independencia— estrictamente ceñida a la concentración de edificios civiles y religiosos representativos de la vida comunitaria: Palacio de Gobierno, municipalidad, catedral, arzobispado... Hasta 1950 este espacio verde era el más animado de una existencia recogida —209.000 habitantes— que otorgaba al Centro Histórico prácticamente la dirección de todas las actividades públicas y privadas.

La estirpe hispánica refulege, en el aspecto formal, en una arquitectura notable, en la que son hitos estupendos las 45 iglesias y capillas significativas. Estas construcciones no son llamativas por su tamaño sino deslumbrantes por su estilo y su equilibrio, y constituyen verdaderas joyas en sus fachadas y en

² PORTAIS, M.: *Le rôle des villes intermédiaires de la Sierra dans l'évolution du réseau urbain équatorien. Ruptures et continuités en Equateur 1986, Colloque organisé à Quito du*

7 au 12 juillet 1986, Institut Français de Recherche Scientifique pour le Développement en Coopération (ORSTOM), 1989, pp. 447-459.

su interior. Quito se ha visto beneficiada, precisamente, por su moderado crecimiento demográfico hasta la mitad del siglo XX y porque edificios públicos y residencias privadas han logrado conservar una homogeneidad que en nuestros días se mantiene con un afán de conservación consciente y aún planificada. De ahí que —como dice Godard³—, «se caracteriza por la coherencia y la continuidad arquitectónica a través del tiempo y por la preservación de la mayoría de los edificios construidos durante la colonización».

El plano, pues, con su plaza central y su trazado ortogonal; la edificación, con sus conservados y a veces magníficos testimonios seculares, nos colocan frente a un retazo espacial hispanoamericano bien distintivo.

En lo que atañe a las funciones, es justamente la especialización actual del centro lo que ha permitido la adecuación de las formas a actividades que no perjudican el comentado espíritu de preservación que inspira a los poderes públicos y a la colectividad. Es obvio que no se dan allí —salvo artesanías menores— instalaciones industriales. Además, el comercio ha quedado relegado a un papel secundario, reservado a las categorías sociales populares o a una cierta oferta de lo típico con vistas al turismo. Incluso existe un equipamiento muy limitado, en cantidad y calidad, en lo que respecta a hoteles, restaurantes y lugares de ocio. En definitiva, el Centro Histórico, acuciado por los problemas de contaminación y de degradación ambiental en ciertos sectores, así como por una inadaptación comprensible al tránsito, conserva a fines del siglo XX sus funciones de receptor permanente de contingentes turísticos, una dimensión administrativa en sus organismos públicos (Casa de gobierno, municipio) y, en lo demás, asume la condición de barrio popular.

Todo este cambio funcional, en una vieja ciudad que —como ya se anticipó— ha sido desbordada por el crecimiento de las últimas décadas, es la respuesta a una evolución muy característica y se relaciona íntimamente con su emplazamiento.

En efecto, la ciudad de Quito ocupa un sitio especial en el llamado callejón interandino, que se desarrolla entre las cordilleras occidental y oriental de los Andes. La hoya de Guayllabamba, también conocida como de Quito, posee una morfología muy intrincada, con cuencas deprimidas (*graben*), es decir, fosas tectónicas que han sido rellenadas por sedimentos de proveniencia fluvial, lacustre o eólica, muchos de ellos de origen volcánico. Este conjunto producido por acciones concurrentes dispares —tectónica, vulcanismo, depósitos, ero-

sión...— se manifiesta por una gran variedad de niveles. Sin entrar en los detalles geomorfológicos⁴, se puede señalar que San Francisco de Quito, fundada el 6 de diciembre de 1534 por Sebastián de Benalcázar, fue instalada inicialmente en la meseta o altiplano de Ñaquito, en las márgenes del río Machángara y, en su desarrollo posterior, fue ocupando otros emplazamientos cercanos. Si bien su altura oficial es de 2.818 metros, sus partes pobladas incursionan por desniveles de 300 a 400 metros, en el ascenso a los flancos del Pichincha, al oeste, así como en otras elevaciones o depresiones circundantes. De paso, vale la acotación de las consecuencias climáticas de su ubicación con respecto al nivel del mar, que modifica sustancialmente, desde el punto de vista térmico, su posición latitudinal, a 0° 13' del Ecuador.

Todo el proceso de expansión demográfica y espacial de Quito se conecta con este complejo de sitios que lo rodea. Su desenvolvimiento ha sido lineal, adecuándose al eje mayor de la depresión en un frente que hoy abarca más de 25 kilómetros de norte a sur, pero se ve restringido en el sentido oeste-este a un ancho no mayor de cinco kilómetros y obligado, por consiguiente, a trepar a las laderas cercanas. En esta evolución, además, desempeña un papel esencial, como punto de referencia y orientador del avance, el domo volcánico del Panecillo, que supera en 200 metros la cota de la primitiva ciudad.

Sobre esta base física y en respuesta a alternativas de orden demográfico, económico, social y político, Quito se ha ido apoderando de su espacio actual, en varias etapas que pueden resumirse y definirse con claridad.

Hasta fines del siglo XIX la ciudad mantuvo sus características de la época colonial, dentro de un crecimiento poblacional limitado, en su emplazamiento inmediatamente al norte del Panecillo. Hacia 1900 se ha estimado que contaba con 162.000 habitantes.

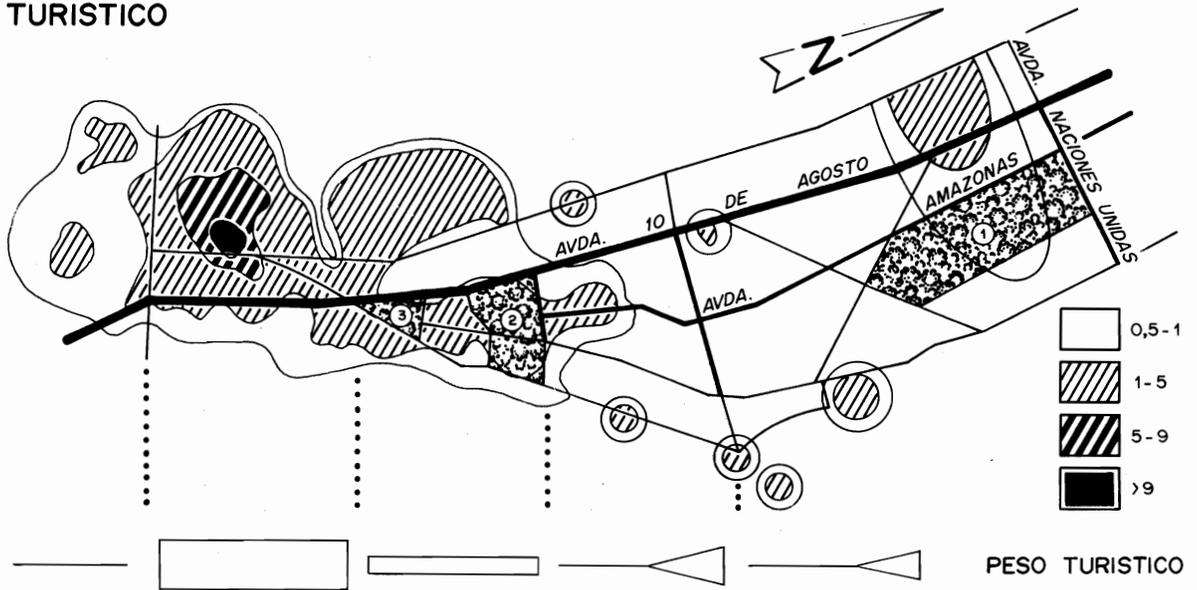
Hasta después de la mitad del siglo XX Quito varió poco en su imagen y en el apoderamiento de terrenos adyacentes al foco histórico. Menos de 50.000 habitantes se agregaron según el censo de 1950, llegándose a 209.932. Pero ese aumento significó ya la consolidación de un sector, al sur del Panecillo, en el cual se asentaron obreros y gente de recursos económicos modestos, en barrios concitados, en gran parte, por el impulso industrial de comienzos de la centuria —textiles, especialmente— favorecido por la llegada del ferrocarril en 1908. En consonancia con ello, el Centro Histórico asumía entonces plenamente la totalidad de las funciones

³ GODARD, H. y VEGA, J.: «Une image de l'image de Quito (Equateur)», en *Mappemonde*, 86/4, Montpellier, Groupement d'Intérêt Public RECLUS, 1988, p. 35.

⁴ Cfr. VELIZ, G.: «Interpretación básica del espacio quiteño», *Revista de Geografía*, Méjico, 1976, pp. 103-129. ORTIZ, M.

y otros: «Conocimiento geomorfológico de la cuenca alta del río Guayllabamba», *Paisajes Geográficos*, n° 19, Quito, 1987, pp. 31-59. DE NONI, B.: «Ensayo de caracterización de las «Afueras» de Quito», *Paisajes Geográficos*, n° 17, Quito, 1986, pp. 3-24.

TURISTICO



BANCARIO

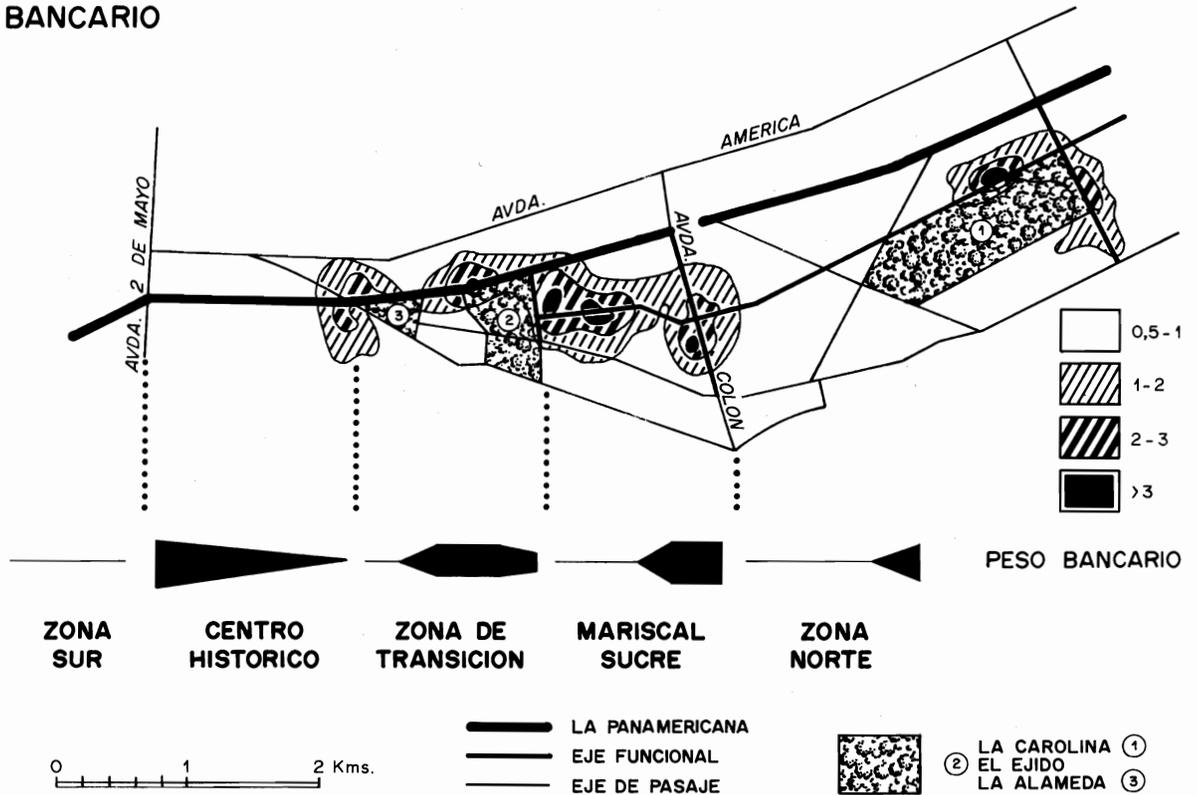


Fig. 2. Importancia relativa del turismo y de la actividad bancaria en los diferentes sectores de Quito.

públicas y privadas de orden terciario; finanzas, comercio, administración, esparcimiento...

A partir de la década del 50 se materializan en el progreso de la capital una recuperación económica relativa, ligada a la producción bananera, y una estabilidad política, que influyen demográficamente —354.746 habitantes según el censo de 1962— y dan lugar a una marcha sostenida hacia el norte, en la ocupación de un espacio que antes estaba reservado a grupos residenciales de alto nivel socioeconómico. Este movimiento hacia el

marco septentrional se acelera de manera espectacular luego de que Ecuador se convierte en exportador de petróleo en 1972. De acuerdo con una tendencia que se ha comprobado en tantos países — Venezuela, por ejemplo— se vuelcan en la capital, en un afán de ostentación y con cortedad de visión integral en cuanto a ordenamiento del territorio, la mayor parte de los ingresos conseguidos con el «oro negro». El simple crecimiento de la población lo pone de manifiesto: 599.828 habitantes según el censo de 1974; 858.276, en 1982; y 1.003.875 se

gún las estimaciones de las Naciones Unidas ya apuntadas.

Nos interesa directamente, para nuestro propósito, lo que estas transformaciones traen aparejado en el cambio funcional de las áreas, como resultado también de la degradación del Centro Histórico, que ya había impulsado a las clases sociales de vida holgada a preferir el alejamiento hacia el norte. Se incorporan a esta tendencia los grupos de decisión del sector privado, la infraestructura hotelera y los centros de esparcimiento.

Quedan diseñadas así, en nuestros días, además del Centro Histórico, otras tres zonas que han ido adquiriendo, aproximadamente desde 1965, funciones restadas poco a poco al foco primitivo. En primer lugar, existe una zona de transición esbozada a lo largo de la avenida troncal, la panamericana 10 de Agosto, en el tramo bordeado por los parques de la Alameda y del Ejido, que acoge especialmente actividades comerciales y financieras, aunque paulatinamente ha ido perdiendo parte de su especialización. La posta ha sido recogida por un antiguo barrio residencial, el Mariscal Sucre, el cual, desde 1970, pasa a convertirse en sede de las funciones terciarias privadas, señaladamente bancos, agencias de viajes, hoteles, ocio, restaurantes, comercio de lujo, etc. Se constituye allí, en suma, entre la Avda. Patria y Colón, con eje en Amazonas, un verdadero centro de negocios que sustituye en dichas tareas al Centro Histórico. Finalmente, más hacia el norte, en dirección al parque de La Carolina y al aeropuerto, el espacio residencial de mayor categoría está hoy acompañado por el mismo tipo de expansión funcional apoyado en las avenidas Amazonas y Naciones Unidas, fenómeno más reciente —posterior a 1980— y que procura compensar el problema de saturación que afecta al barrio

Sucre en una ciudad que, en la actualidad, excede claramente el millón de habitantes.

De todos modos, puede hablarse de una concentración mayor en Mariscal Sucre, a la cual se adosan periféricamente tanto la zona de transición que apunta hacia el antiguo núcleo hispánico como las recientes incorporaciones del sector septentrional. Varios indicadores dan la clave de estas transferencias y de este desdoblamiento de funciones. La presencia de los bancos, por ejemplo, en lo que respecta a casas matrices y sucursales principales, muestra cómo han desaparecido totalmente del Centro Histórico, mientras que, arrancando de cero en 1965, se ha arribado en 1987 a 7 en la zona de transición, a 13 en Mariscal Sucre y a 5 en el norte (ninguno en 1980)⁵. El 91% de los restantes se ubica en las franjas de Sucre y del norte. Inversamente, se puede demostrar el peso turístico focalizado en el Centro Histórico, según índices que ponen de manifiesto una atracción muchísimo menor de los otros sectores considerados para estas comparaciones⁶.

El Centro Histórico, inadaptado en nuestros días para el cumplimiento de ciertas funciones que exigen gran despliegue de movimientos e infraestructuras complicadas —financieras, servicios terciarios superiores, espectáculos...— padece también, evidentemente, a causa de la degradación de muchas construcciones y de los problemas de contaminación, una disminución de la calidad de vida de sus habitantes permanentes⁷.

Quizás esta crisis, esta misma condición, actúa para valorar aún más los testimonios de la tradición hispánica, dignos exponentes para ver y gozar, reflejos impercederos de cultura en un diseño urbanístico equilibrado de calles y espacios libres, con una arquitectura civil y religiosa de esplendente jerarquía.

⁵ GODARD, H: «Structure et dynamique des centres de Quito et de Guayaquil», en *Equateur, Colloque Organisé à Quito du 7 au 12 juillet 1986*, vol II, París, 1989, p. 480.

⁶ GODARD y VEGA, Ob. cit., p. 34.

⁷ GARZON, P., CANTON, O. y QUEZADA, J.: «Penurias de la calidad de vida en un relicto colonial: el caso de Quito», en *Calidad de Vida. Siete ensayos de investigación en la sierra norte de Ecuador*, Quito, CEPEIGE, 1980, pp. 39-69.